

Solos,  
aislados del mundo,  
nos asimos de la mano  
que nos extiende su cariño y,  
como niños desembocados,  
la tocamos para cerciorarnos  
de su realidad.

Pero la realidad visible  
confunde nuestras almas,  
y perdidos en la mortalidad,  
nos ensimismamos más  
en lo que nunca será nuestro.

Y cuando la noche llega  
y con ella cerramos nuestros ojos,  
la oscuridad nos permite  
entrar de nuevo  
en el olvido.

Y así, día tras día,  
dormidos en vida,  
soñamos de lo que será,  
sabiendo que lo que será  
nunca lo hemos sido.